

SIMON SEBAG MONTEFIORE

LA CORTE DEL ZAR ROJO



CRÍTICA

SIMON SEBAG MONTEFIORE

LA CORTE
DEL ZAR ROJO

Traducción castellana de
Teófilo de Lozoya

CRÍTICA
BARCELONA

A Lily Bathsheba

Primera edición: mayo de 2004
Primera edición en rústica: septiembre de 2010
Primera edición en esta nueva presentación: enero de 2023

La corte del zar rojo

Simon Sebag Montefiore

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Stalin. The Court of the Red Tsar*

© Simon Sebag Montefiore, 2003

© de la traducción, Teófilo de Lozoya, 2004

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-477-0
Depósito legal: B. 20.656-2022
2023. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf



El georgiano y la escolar

Nadia y Stalin llevaban casados catorce años, pero su relación era más larga y más profunda que eso: tan impregnado de bolchevismo estaba su matrimonio. Habían compartido las experiencias formativas de la vida clandestina, la intimidad con Lenin durante la Revolución, y luego la guerra civil. Stalin conocía a la familia de Nadia desde hacía casi treinta años y a ella la había visto por primera vez en 1904, cuando sólo tenía tres años. Por entonces él tenía veinticinco y llevaba seis siendo marxista.

Iosiv Vissarionovich Djughashvili no había nacido el 21 de diciembre de 1879, fecha oficial del cumpleaños de Stalin. En realidad «Soso» había nacido en una barraca diminuta (que todavía existe), de Vissarion o «Beso» y de su esposa Ekaterina, «Keke», de soltera Geladze, más de un año antes, el 6 de diciembre de 1878, en Gori, pequeña población a orillas del río Kura, en la romántica provincia de Georgia, montañosa y orgullosamente no rusa, un pequeño país a miles de kilómetros de la capital del zar: estaba más cerca de Bagdad que de San Petersburgo.* Los occidentales no suelen darse cuenta de hasta qué punto constituía Georgia un país extranjero: un reino independiente durante milenios, con su propia lengua, sus tradiciones, su cocina, su literatura, que fue incorporado a Rusia en sucesivas oleadas entre 1801 y 1878. Con su clima soleado, sus disputas de sangre de carácter tribal, sus canciones y sus viñedos, se parece más a Sicilia que a Siberia.

El padre de Soso era un zapatero remendón semiitinerante, violento y bo-

* Esta circunstancia no le pasó desapercibida a otro niño campesino nacido a unos centenares de kilómetros de Gori, Sadam Husein. Un líder kurdo que negoció con él, Mahmoud Osman, observó que el estudio y el dormitorio de Sadam estaban llenos de libros de Stalin. En la actualidad, el lugar de nacimiento de Stalin, la cabaña de Gori, se halla magníficamente rodeada de un templete de mármol blanco adornado de columnas, que mandó construir Lavrenti Beria, y sigue siendo el principal edificio del bulevar Stalin, cerca del Museo Stalin.

racho, que pegaba salvajemente a su hijo y a su mujer, quien también a su vez, como luego recordaría el muchacho, «le zurraba sin compasión». En una ocasión, Soso lanzó un puñal a su padre. Stalin recordaba cómo Beso y el padre Charkviani, el cura del pueblo, pasaban el rato bebiendo juntos para desespección de su madre:

—Padre, no haga de mi marido un borracho, va acabar con mi familia.

Keke echó a Beso de casa. Stalin estaba orgulloso de la «poderosa fuerza de voluntad» de su madre. Más tarde, cuando Beso se llevó a la fuerza a Soso a Tiflis para trabajar como aprendiz de zapatero, los curas ayudaron a Keke a recuperar al muchacho.

La mujer se ganaba la vida lavando para los comerciantes del pueblo. La madre de Stalin era una mujer piadosa y tenía mucho trato con los curas, que la tomaron bajo su protección. Pero también era una mujer mundana y alegre: probablemente se viera obligada a establecer el tipo de compromisos que pueden tentar a las madres sin un marido a su lado y sin un céntimo: convertirse en amantes de quienes les dan trabajo. Esta circunstancia inspiró las leyendas que suelen rodear la paternidad de tantos hombres célebres. Es posible que Stalin fuera el hijo de su padrino, un posadero acomodado, funcionario y aficionado a la lucha libre, llamado Koba Egnatashvili. Posteriormente, Stalin protegería a dos hijos de Egnatashvili, que siguieron siendo amigos suyos hasta el final de su vida, y que en su vejez recordarían las proezas de su padre como luchador. No obstante, a veces hay que admitir que los grandes hombres son verdaderamente hijos de sus presuntos padres. Se dice que Stalin se parecía extraordinariamente a Beso. En cualquier caso, él mismo afirmó en una ocasión que era hijo de un cura.

Stalin nació con el segundo y el tercer dedo del pie izquierdo unidos. Tenía la cara cubierta de marcas de viruela y más tarde quedó tullido del brazo izquierdo, probablemente a consecuencia de un accidente con una carreta. Se convirtió en un adolescente cetrino, retaco y hosco, de ojos moteados color miel y espesa cabellera negra, un verdadero *kinto*, el típico chico de la calle georgiano. Tenía una inteligencia excepcional y su ambiciosa madre quería que se hiciera cura, tal vez como su verdadero padre. Stalin se jactaría más tarde de que aprendió a leer a los cinco años escuchando al padre Charkviani enseñar el alfabeto. A tan corta edad ayudaría a leer a la hija de Charkviani, y eso que ésta tenía ya trece años.

En 1888 ingresó en la escuela parroquial de Gori y luego, en 1894, ganó una «beca de cinco rublos» para el seminario de Tiflis, la capital de Georgia. Como diría más tarde lleno de orgullo:

—Mi padre descubrió que además de la beca, ganaba también dinero (cinco rublos al mes) como cantor del coro. En una ocasión salgo y me lo encuentro ahí delante: «Jovencito, oiga —me dijo—, se ha olvidado de su padre ... ¡Dame al menos tres rublos, no seas tan mezquino como tu madre!» «No grite —repliqué—. ¡Si no se va inmediatamente llamaré a un guardia!»

Beso desapareció sin más.* Murió en una reyerta en 1910.

Stalin enviaba dinero de vez en cuando a su madre, pero posteriormente guardaría las distancias con Keke, que se parecía a él en su genio seco y su rigurosa disciplina. Se ha escrito mucha psicología de aficionado acerca de la infancia de Stalin, pero lo único seguro es esto: se crió en el seno de una familia pobre, dominada por los curas, y fue víctima de la violencia, la inseguridad y las sospechas, pero además estaba inspirado por la tradición local de dogmatismo religioso, peleas sangrientas y bandolerismo romántico. «A Stalin no le gustaba hablar de sus padres ni de su niñez», pero desde luego no tiene sentido hacer un análisis excesivo de su psicología. Emocionalmente estaba reprimido y carecía de empatía, pero tenía unas antenas supersensibles. Era un hombre fuera de lo normal, pero él mismo sabía que los políticos rara vez se amoldan a la normalidad: «La historia», escribiría más tarde, está llena de «hombres fuera de lo normal».

* * *

El seminario le suministró la única educación formal que recibió. La doctrina catequética y los «métodos jesuíticos» de «vigilancia, espionaje, invasión de la vida privada y violación de los sentimientos de la persona» propios del internado causaron una repulsa tan grande en Soso y al mismo tiempo quedaron tan grabados en él, que pasó el resto de su vida refinando su estilo y sus métodos. Semejante situación estimuló la pasión de aquel autodidacta por la lectura, pero al cabo de un año había hecho de él un ateo. «Hice algunos amigos —diría—, y se suscitó un agrio debate entre los creyentes y nosotros.» No tardaría en abrazar el marxismo.

En 1899 fue expulsado del seminario, ingresó en el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Rusia y se convirtió en un revolucionario profesional, adoptando el nombre de guerra de «Koba», inspirado por el protagonista de una novela, *El parricida*, de Alexander Kazbegi, un proscrito temerario y vengativo del Cáucaso. Combinó la «ciencia» del marxismo con su imaginación ardiente: escribió poesías románticas, publicó obras en lengua georgiana antes de trabajar como empleado en el Instituto Meteorológico de Tiflis, el

* Agradezco a Gela Charkviani que me permitiera compartir el fascinante manuscrito inédito de las memorias de su padre, Candide Charkviani, primer secretario del Partido de Georgia, 1938-1951. Durante su vejez, Stalin pasó horas y horas hablando con Charkviani de su infancia. Charkviani dice que buscó la tumba de Beso en el cementerio de Tiflis, pero que no fue capaz de dar con ella. Encontró unas fotografías que supuestamente eran de Beso y pidió a Stalin que lo identificara, pero éste afirmó que no eran de su padre. Por consiguiente es hartamente improbable que la fotografía que, según suele decirse, representa a Beso, sea realmente suya. Por lo que se refiere a la paternidad de Stalin, la familia Egnatashvili niega rotundamente que el posadero fuera su padre.

único empleo que tuvo antes de convertirse en uno de los máximos dirigentes de Rusia en 1917.

Koba estaba convencido de que la panacea universal era el marxismo, «un sistema filosófico» que se amoldaba perfectamente al totalitarismo obsesivo de su carácter. La lucha de clases también encajaba muy bien con su pugnacidad melodramática. El secretismo paranoide de la cultura bolchevique, intolerante y cerrada, se ajustaba a la seguridad perfectamente contenida y al talento para la intriga que poseía Koba. Éste se lanzó a la clandestinidad de la política revolucionaria, que era una mezcla furibunda y estimulante de intriga conspiratoria, insidias ideológicas, erudición académica, juegos de facciones, aventuras amorosas con compañeras de misión, infiltraciones de la policía y caos organizativo. Aquellos revolucionarios tenían todos los orígenes imaginables —rusos, armenios, georgianos y judíos, obreros, aristócratas, intelectuales y gente osada de toda laya— y organizaban huelgas, imprentas, reuniones y atracos. Unidos en el estudio obsesivo de la literatura marxista, hubo siempre entre ellos una división entre los burgueses cultos emigrados, como Lenin, y los hombres duros de acción que vivían en la propia Rusia. La clandestinidad, siempre itinerante y peligrosa, constituyó la experiencia formativa no sólo de Stalin, sino de todos sus camaradas. Así se explican muchas de las cosas que sucedieron después.¹

En 1902 Koba supo lo que eran el encarcelamiento y el destierro a Siberia, el primero de una serie de siete de los que escapó en seis ocasiones. Aquellos destierros distaban mucho de los brutales campos de concentración de Stalin: los zares eran muy ineptos como policías. Eran casi unas vacaciones dedicadas a la lectura en remotas aldeas de Siberia, en compañía de un gendarme de servicio a tiempo parcial, durante las cuales los revolucionarios tenían tiempo de conocerse (y de odiarse) unos a otros, mantenían correspondencia con sus camaradas de San Petersburgo o Viena, discutían abstrusas cuestiones de materialismo dialéctico, y tenían aventuras con las muchachas de la localidad. Cuando la llamada de la libertad o de la revolución se hacía más imperiosa, se escapaban, cruzando la taiga hasta dar con el tren más próximo. Durante el destierro, la dentadura de Koba, fuente de continuos sufrimientos durante toda su vida, empezó a deteriorarse.

Koba apoyó celosamente a Vladimir Lenin y su obra fundacional, *¿Qué hay que hacer?* Aquel genio dominante de la política combinaba el maquiavélico espíritu práctico de la toma del poder con el dominio de la ideología marxista. Aprovechando el cisma que conduciría a la creación de su propio Partido Bolchevique, el mensaje de Lenin decía que un partido supremo de revolucionarios profesionales debía tomar el poder para los trabajadores y después gobernar en su nombre por medio de una «dictadura del proletariado» hasta que ésta dejara de ser necesaria cuando finalmente se alcanzara el socialismo. La concepción que tenía Lenin del Partido como «el destacamento

avanzado» del «ejército de los proletarios... un grupo de líderes luchadores», marcaría el tono militarista del bolchevismo.²

En 1904, cuando regresó a Tiflis, Koba conoció a su futuro suegro, Sergei Alliluyev, doce años mayor que él, electricista cualificado ruso, casado con Olga Fedorenko, una belleza de origen georgiano-germano-gitano, provista de una enorme fuerza de voluntad, aficionada a los amoríos con revolucionarios, polacos, húngaros e incluso turcos. Se rumoreó que Olga había tenido una aventura con el joven Stalin, que habría sido el verdadero padre de su futura esposa, Nadia. Tales rumores eran absolutamente falsos, pues Nadezhda tenía ya tres años cuando sus padres conocieron a Koba, pero la aventura con Olga es perfectamente creíble y es posible que él mismo llegara a hablar de ella. Olga, que, según su nieta Svetlana, tenía una «fijación con los meridionales» y afirmaba que «los rusos son unos patanes», siempre sintió «debilidad» por Stalin. Su matrimonio fue muy difícil. Las leyendas familiares dicen que el hermano mayor de Nadia, Pavel, vio a su madre toqueteándose con Koba. Ese tipo de relaciones breves era el pan nuestro de cada día entre los revolucionarios.

Mucho antes de que se enamoraran, Stalin y Nadia formaban ya parte de la gran familia bolchevique que frecuentaba la casa de los Alliluyev, como también Kalinin y Yenukidze, entre otros asistentes a la cena de 1932. Existía además otro vínculo especial entre ellos: poco después, Koba coincidió con los Alliluyev en Bakú y salvó a Nadia de perecer ahogada en las aguas del mar Caspio. No cabe imaginar un lazo más romántico entre los dos.³

* * *

Entretanto, Koba contrajo matrimonio con otro retoño de la familia bolchevique. Ekaterina, «Kato», una georgiana plácida, morena y guapa, hija de una familia culta, era hermana de Alexander Svanidze, otro bolchevique graduado en el seminario de Tiflis, que formaría parte del séquito de Stalin en el Kremlin. Cuando vivían en una barraca cerca de los campos de petróleo de Bakú, Kato le dio un hijo, Yakov. Pero las apariciones de Koba en el domicilio familiar eran esporádicas e imprevisibles.

Durante la revolución de 1905, momento en el que Lev Trotski, un periodista judío, montó el Soviet de San Petersburgo, Koba afirmaría que se dedicó a organizar las sublevaciones de los campesinos de la región de Kartli, en Georgia. Después del contragolpe zarista, asistió a un congreso bolchevique en Tampere, Finlandia, siendo ésa la primera ocasión en que se encontró con su héroe, Lenin, «aquella águila montaraz». Al año siguiente, Koba viajó a Estocolmo para asistir a otro congreso. A su regreso, llevó la vida de un bandolero caucásico, allegando fondos para el Partido mediante atracos a bancos o «expropiaciones»: de viejo, se jactaría de aquellos «atracos... ¡Nuestros amigos se apoderaron de 250.000 rublos en la plaza Ereván!». ⁴

Después de una visita a Londres con motivo de otro congreso, el 25 de noviembre de 1907 la esposa de Koba, Kato, tan amada como casi ignorada, murió «en sus brazos» en Tiflis de tuberculosis. Koba quedó destrozado. Cuando el pequeño cortejo fúnebre llegó al cementerio, Koba estrechó la mano de un amigo y dijo: «Esta criatura ablandó mi corazón de piedra. Ahora ha muerto y con ella han muerto mis últimos sentimientos amorosos hacia la gente». Y con la mano en el corazón añadió: «Me siento vacío aquí dentro». En cualquier caso, dejó a su hijo Yakov al cargo de la familia de Kato. Tras ocultarse en el piso de los Alliluyev en San Petersburgo, fue detenido de nuevo y devuelto al lugar donde había permanecido desterrado, Solvichegodsk. En aquel poblacho perdido Koba se trasladó en enero de 1910 a vivir en la casa de una viuda joven llamada Maria Kuzakova, con la que tuvo un hijo.*

* * *

Después de otra evasión, Koba regresó a San Petersburgo en 1912, compartiendo alojamiento con un corpulento bolchevique que sería el camarada más estrechamente unido a él: Viacheslav Scriabin, de apenas veintidós años, había decidido seguir la costumbre bolchevique de adoptar un nombre de guerra bien potente y se había puesto el «nombre industrial» de Molotov, «el Martillo». Koba también había adoptado un alias «industrial»: en 1913 firmó por primera vez un artículo como «Stalin». No es ninguna coincidencia que el nombre «Stalin» evoque al de «Lenin». Es posible que lo utilizara ya con anterioridad y no sólo por sus resonancias metálicas. Quizá lo tomara prestado de una bolchevique «guapa y rolliza» llamada Ludmilla Stal, con la que había tenido una aventura.⁵

Aquel «maravilloso georgiano», como lo llamaba Lenin, fue elegido por cooptación para formar parte del Comité Central del Partido al término de la conferencia de Praga de 1912. En noviembre, Koba Stalin viajó de Viena a Cracovia para reunirse con Lenin, al lado del cual permanecería: el líder supervisó a su aventajado discípulo mientras escribía un artículo en el que daba expresión a la postura bolchevique en torno a la delicada cuestión de las nacionalidades, tema que en adelante se convertiría en una especialidad de Stalin. *El marxismo y la cuestión nacional*, en el que defendía que el imperio ruso debía mantenerse unido, le hizo ganar prestigio como ideólogo y la confianza de Lenin.

* Este hijo, Konstantin Kuzakov, no disfrutaría de demasiados privilegios, aunque se dice que durante las purgas, cuando se hizo sospechoso, apeló a su verdadero padre, quien escribió en su expediente «Que no se le toque»; pero es posible que ello se debiera sólo al hecho de que era hijo de una mujer que había sido amable con él durante su destierro. En 1995, tras una carrera de éxito como ejecutivo de la televisión, Kuzakov, en un artículo titulado «Hijo de Stalin», proclamó: «Todavía era un niño cuando me enteré de que era hijo de Stalin». Es casi seguro que tuvo otro hijo durante un destierro posterior.

—¿Lo escribiste tú entero? —le preguntó Lenin (según el propio Stalin).

—Sí... ¿He cometido algún error?

—No, al contrario. ¡Espléndido!

Aquél sería su último viaje al extranjero hasta la conferencia de Teherán de 1943.

En febrero de 1913, Stalin volvió a ser detenido y fue condenado a un destierro sospechosamente poco severo: ¿Era acaso agente de la policía secreta del zar, la Ojrana? El sensacionalismo histórico en torno a la doblez de Stalin hace gala de una ingenuidad pasmosa por su desconocimiento de lo que era la vida clandestina: entre los revolucionarios había multitud de espías de la Ojrana, pero muchos eran agentes dobles y hasta triples.* Koba deseaba traicionar a los compañeros que se oponían a él, aunque, como reconocía la Ojrana en sus informes internos, seguía siendo un marxista fanático, y eso era lo que importaba.

El último destierro de Stalin comenzó en 1913 en un lugar remoto y frío, al noreste de Siberia, donde recibió de la población local el mote del «picado de viruelas». Temerosas de que se produjeran más evasiones, las autoridades trasladaron a los desterrados a Kureika, un pueblo desolado en Turujansk, más allá del Círculo Polar, donde las proezas de Stalin como pescador convencieron a la población local de que poseía poderes mágicos; se echó además una nueva amante. Stalin escribía cartas conmovedoras a Sergei y Olga Alliluyev: «La naturaleza en esta región maldita es vergonzosamente pobre», y les suplicaba que le mandaran alguna postal: «Me vuelvo loco de nostalgia, pues echo de menos vistas de la naturaleza, aunque sean de papel». Y, sin embargo, por extraño que parezca, aquélla fue una época de dicha, quizá la más feliz de su vida, pues recordaría las hazañas realizadas allí hasta su muerte, particularmente las relacionadas con una cacería, durante la cual estuvo esquiando por la taiga, cazó muchas perdices y, mientras regresaba, estuvo a punto de perder la vida congelado.⁶

Las torpezas en el terreno militar y la escasez de alimentos de la Gran Guerra acabaron inexorablemente con la monarquía que, para sorpresa de los bolcheviques, se vino abajo de repente en febrero de 1917, siendo sustituida por un gobierno provisional. El 12 de marzo, Stalin llegó a la capital y visitó a los Alliluyev: una vez más Nadia, una morena impresionante, de apenas dieci-

* El libro de Roman Brackman *Secret File of Stalin*, publicado recientemente, afirma que el Gran Terror fue un intento por parte de Stalin de acabar con todos los que tenían conocimiento del doble papel que había jugado. No obstante, sus causas fueron muchas y variadas, aunque el carácter de Stalin fuera una de las razones más importantes. Stalin acabó con muchos de los que lo habían conocido durante sus primeros años, pero misteriosamente dejó vivos a otros. Mató asimismo a más de un millón de personas que no tenían el menor conocimiento de los primeros años de su vida. En cualquier caso, Brackman ofrece también una magnífica exposición de las intrigas y traiciones de la vida en la clandestinidad.

séis años, su hermana Anna y su hermano Fiodor, acribillaron a preguntas a su héroe acerca de las aventuras que le habían ocurrido. Cuando lo acompañaron en el tranvía a las oficinas del periódico *Pravda*, les encargó:

—Reservadme una habitación en el piso nuevo. No lo olvidéis.

Se encontró a Molotov haciendo de editor de *Pravda*, puesto del que se apropió inmediatamente. Mientras que Molotov había adoptado una línea radical en contra del gobierno, Stalin y Lev Kamenev, cuyo verdadero apellido era Rosenfeld, uno de los camaradas más próximos a Lenin, se mostraban más conciliadores. Lenin, que no llegó hasta el 4 de abril, venció las vacilaciones de Stalin. En una extraña apología de Molotov, Stalin admitiría: «Tú estabas más cerca de Lenin...». Cuando Lenin tuvo que huir a Finlandia para evitar ser detenido, Stalin lo escondió en casa de los Alliluyev, le afeitó la barba y lo escoltó hasta ponerlo a buen recaudo. Las hermanas Anna, que trabajaba en el cuartel general de los bolcheviques, y Nadia, pasaron la noche en vela. El georgiano las entretuvo haciendo imitaciones de los políticos y leyéndoles en voz alta pasajes de Chejov, Pushkin o Gorki, como haría más tarde con sus hijos.⁷ El 25 de octubre de 1917 Lenin puso en marcha la Revolución Bolchevique.

* * *

Es posible que Stalin fuera por aquel entonces una «figura gris», pero era la imagen misma de Lenin. Trotski reconocía que los contactos con Lenin se realizaban sobre todo a través de Stalin debido a que éste suscitaba menos interés a la policía. Cuando Lenin formó el nuevo gobierno, Stalin fundó su Comisariado de Nacionalidades, compuesto por un secretario, el joven Fiodor Alliluyev, y una mecanógrafa, Nadia.⁸

En 1918, los bolcheviques se vieron obligados a luchar para sobrevivir. Enfrentados al imparable avance de los alemanes, Lenin y Trotski no tuvieron más remedio que firmar el pragmático tratado de Brest-Litovsk, por el que cedían buena parte de Ucrania y los países bálticos al káiser. Tras el hundimiento de Alemania, las tropas británicas, francesas y japonesas intervinieron mientras los ejércitos blancos se lanzaban contra el régimen tambaleante, que trasladó su capital a Moscú para ser menos vulnerable. El imperio asediado de Lenin se redujo pronto a las dimensiones de la Moscovia medieval. En el mes de agosto, Lenin resultó herido en un intento de asesinato, y los bolcheviques se vengaron desencadenando una ola de terror. En septiembre, Lenin, una vez recuperado, declaró Rusia «un campo militar». Sus hombres más resolutivos y despiadados fueron Trotski, comisario de Guerra, que creó y dirigió el ejército rojo desde su tren blindado, y Stalin, los únicos dos dirigentes que tenían acceso al despacho de Lenin sin necesidad de cita previa. Cuando éste creó un órgano ejecutivo con poderes decisorios constituido por sólo cinco miembros, la llamada Oficina Política —el Politburó—, ambos formaron parte de él. El

intelectual judío de las gafitas era el héroe de la Revolución, y por delante de él sólo estaba el propio Lenin; Stalin, por su parte, parecía un provinciano tosco. Pero los aires de grandeza protectora de Trotski ofendían a los «viejos ilegales» de provincias, acostumbrados a hablar con sencillez, a los que impresionaba más el sentido práctico de ceño fruncido propio de Stalin. Stalin vio enseguida en Trotski el principal obstáculo a su ascensión.

La ciudad de Tsaritsin desempeñaría un papel decisivo en la carrera de Stalin (y en su matrimonio). En 1918, la estratégica ciudad situada en el bajo Volga, puerta de entrada del grano (y el petróleo) del norte del Cáucaso y llave de acceso hacia Moscú desde el sur, parecía a punto de caer en manos de los blancos. Lenin envió a Stalin a Tsaritsin con el cargo de director general del Suministro de Alimentos para el sur de Rusia. Pero éste no tardaría en conseguir ser ascendido al puesto de comisario con poderes militares supremos.

A bordo de un tren blindado, asistido por cuatrocientos guardias rojos, Fiodor Alliluyev y su mecanógrafa, Nadia, todavía adolescente, Stalin llegó a Tsaritsin el 6 de abril y pudo comprobar que en la ciudad reinaban la ineptitud y la traición. Stalin demostró que sus palabras iban en serio haciendo fusilar a todo aquel que fuera sospechoso de realizar actividades contrarrevolucionarias: inició «una purga despiadada de la retaguardia —diría Voroshilov—, administrada con mano de hierro». Lenin le ordenó que fuera incluso más «despiadado» y «cruel». La respuesta de Stalin fue la siguiente:

«Puedes tener la seguridad de que nuestra mano no temblará». Fue allí donde se dio cuenta de la utilidad de la muerte como el instrumento político más simple y más efectivo a la vez, pero es probable que no fuera el único en llegar a semejante conclusión: durante la guerra civil, los bolcheviques, con sus botas de cuero, sus gabanes y sus pistoleras, se entregaron al culto de la violencia, a una brutalidad machista que Stalin haría suyos. Fue también allí donde conoció y entabló amistad con Voroshilov y Budionni, presentes ambos en la cena del 8 de noviembre de 1932, que formarían el núcleo de su apoyo militar y político. Cuando la situación militar empezó a deteriorarse en el mes de julio, Stalin asumió el control efectivo del ejército: «Debo tener poderes militares». Aquél era el tipo de autoridad que necesitaba la Revolución para sobrevivir, pero suponía todo un desafío a Trotski, que había creado el ejército rojo con la ayuda de los llamados «expertos militares», todos ellos ex oficiales zaristas. Stalin desconfiaba de aquellos renegados útiles y los fusiló siempre que le fue posible.

Residía en el elegante vagón, perteneciente otrora a un cantante gitano de baladas amorosas, que lo había decorado en seda azul clara. Probablemente fuera allí donde se convirtieran en amantes él y Nadia. La muchacha tenía diecisiete años, y él treinta y nueve. Aquella relación debía resultar una aventura excitante y turbadora para una joven en edad escolar. Cuando llegaron, Stalin utilizó el tren como cuartel general: desde allí ordenó a la Cheka llevar a cabo

sus constantes fusilamientos. Era la época en la que las mujeres acompañaban a sus maridos a la guerra: Nadia no era la única. Las esposas de Voroshilov y Budionni también estaban en Tsaritsin.

Stalin y aquella pandilla de matones formaban una «oposición militar» a Trotski, al cual se refería despectivamente y decía: «[Es un] general de opereta. ¡Menudo charlatán, jajaja!». Cuando detuvo a un grupo de «especialistas» de Trotski y los encerró en una barcaza en el Volga, éste protestó airadamente. La barcaza se hundió, al parecer, con todos sus ocupantes a bordo. «La muerte resuelve los problemas —se dice que comentó Stalin—. Si no hay nadie, no hay problema.» Era la manera de actuar de los bolcheviques.*

Lenin mandó llamar a Stalin. No importaba que éste probablemente hubiera contribuido a empeorar las cosas, que desaprovechara la experiencia de los oficiales zaristas y que apoyara a una pandilla de jaques descerebrados. Stalin había sido cruel: la aplicación despiadada de la presión era lo que quería Lenin. Pero el *kinto* había vislumbrado lo que era la gloria de un generalísimo. Es más, su enemistad con Trotski y la alianza con el «grupo de Tsaritsin» serían el comienzo de todo: quizá admirara el valor machista y displicente de Voroshilov y Budionni, cualidad de la que él carecía. Su odio a Trotski se convertiría en una de las pasiones capitales de su vida. A la vuelta de Tsaritsin se casó con Nadia, trasladándose a vivir a un modesto apartamento en el Kremlin (compartido con toda la familia Alliluyev) y luego a una bonita dacha llamada Zubalovo.⁹

En mayo de 1920, Stalin fue nombrado comisario político para el frente suroccidental a raíz de la toma de Kiev por los polacos. El Politburó ordenó la conquista de Polonia con el fin de extender la revolución a Occidente. El general en jefe del frente occidental encargado de atacar Varsovia era un joven brillante llamado Mijail Tujachevski. Stalin recibió la orden de entregar su caballería a Tujachevski, pero no lo hizo hasta que fue demasiado tarde. Las *vendettas* a las que dio lugar este fracaso desembocarían en la matanza que tuvo lugar diecisiete años después.¹⁰

En 1921 Nadia demostró su austeridad bolchevique yendo a pie hasta el hospital en el que dio a luz a un hijo varón, Vasili; cinco años después tendría una niña, Svetlana. Mientras tanto, siguió trabajando como mecanógrafa en el despacho de Lenin, donde resultaría sumamente útil en el curso de las futuras intrigas.

* * *

* Parece que Stalin confirmó después la anécdota del hundimiento de la barcaza en una carta fascinante remitida a Voroshilov. «El verano después del intento de asesinato de Lenin ... hicimos una lista de oficiales a los que reunimos en el Picadero ... para fusilarlos en masa ... Así, pues, el episodio de la barcaza de Tsaritsin no fue fruto de la lucha contra los especialistas militares, sino que vino dictado desde el centro de mandos.» En Tsaritsin combatieron cinco futuros mariscales de la segunda guerra mundial: en orden descendente por su competencia Kulik, Voroshilov, Budionni, Timoshenko y Zhukov (aunque este último intervino sólo en 1919 después de la marcha de Stalin).

La «vanguardia» de los bolcheviques, muchos de ellos jóvenes y con las manos manchadas de sangre debido a la brutalidad de aquella lucha, se vieron convertidos en una minoría minúscula, aislada y asediada, que dirigía de manera histérica las ruinas de un vasto imperio, sitiado, a su vez, en medio de un mundo hostil. Teniendo en cuenta el desprecio que sentía por los obreros y los campesinos, a Lenin no le sorprendió lo más mínimo comprobar que ninguno de estos grupos los apoyaban. Por consiguiente propuso que se estableciera un solo órgano que dirigiera y supervisara la construcción del socialismo: el Partido. Sería ese incómodo abismo abierto entre la realidad y las aspiraciones el que haría que la fidelidad casi religiosa mostrada por el Partido a la pureza ideológica fuera tan importante y la disciplina militar se convirtiera en una virtud ineludible.

Ante un problema tan peculiar, los bolcheviques improvisaron un sistema igualmente peculiar y buscaron consuelo en una visión del mundo también extraordinariamente peculiar. El órgano soberano del Partido era el Comité Central (CC), formado por los aproximadamente setenta altos cargos que eran elegidos anualmente por los congresos del Partido que más tarde se celebrarían con menor frecuencia. El CC elegía al Politburó, de dimensiones más restringidas, un super-gabinete de guerra encargado de decidir la política que se debía seguir, y a un secretariado formado por aproximadamente tres secretarios que administraban el Partido. Estos órganos dirigían el gobierno convencional de un Estado vertical radicalmente centralizado y de partido único: Mijail Kalinin, nacido en 1875, el único verdadero campesino que había entre los dirigentes, llamado «el viejo campesino de la Unión», se convirtió en 1919 en jefe del Estado.* Lenin dirigía el país en calidad de primer ministro, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, un consejo de ministros encargado de ejecutar las órdenes del Politburó. Dentro de este organismo había una especie de democracia, pero tras las duras crisis ocasionadas por la guerra civil, Lenin prohibió las facciones. El Partido reclutaba frenéticamente millones de nuevos militantes, ¿pero eran de fiar? Poco a poco, los honrados debates de los primeros tiempos fueron reemplazados por una dictadura burocrática autoritaria, pero en 1921 Lenin, el gran improvisador, restauró cierto grado de capitalismo, en una solución de compromiso llamada la Nueva Política Económica (NPE), destinada a salvar al régimen.

* Stalin no fue nunca el titular de la jefatura del Estado de la Unión Soviética. El título de Kalinin era el de presidente del Comité Ejecutivo Central, técnicamente el organismo legislativo más alto, pero coloquialmente se le llamaba el «presidente». Tras la constitución de 1936, su título pasó a ser el de presidente del Presídium del Soviet Supremo. Sólo con la constitución de Brezhnev el secretario general del Partido añadió a sus títulos el de presidente. Los bolcheviques inventaron todo un nuevo lenguaje de siglas en su afán de crear un nuevo tipo de gobierno. Los comisarios del pueblo (*Narodny Komissar*) se llamaban *Narkoms*, y el Consejo (Soviet) de Comisarios se llamaba *Sovnarkom*.

En 1922, Lenin y Kamenev se las arreglaron para nombrar a Stalin secretario general —*Gensec*— del CC, encargado de dirigir el Partido. La Secretaría de Stalin era la sala de máquinas del nuevo Estado, y le concedía unos poderes omnímodos que no dudó en ejercer con motivo del «asunto georgiano», cuando, junto con Sergo, decidió anexionar Georgia, que se había separado del imperio, e imponer su voluntad en el Partido de esta misma región, de orientación independentista. A Lenin no le gustó aquello, pero la jugada que hizo Stalin en diciembre 1922 le impidió actuar contra él. El Politburó, en beneficio de la salud del mayor tesoro que poseía el Partido, es decir Lenin, le prohibió trabajar más de diez minutos al día. En una ocasión en la que el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo intentó hacer algo más, Stalin ofendió a su esposa, Krupskaya, lanzando un exabrupto que a punto estuvo de acabar con su carrera.*

Sólo Lenin podía darse cuenta de que Stalin se estaba perfilando como su sucesor más probable, por lo que dictó en secreto un testamento condenatorio en el que exigía su destitución. Lenin falleció víctima de una apoplejía fatal el 21 de enero de 1924. Contra los deseos del difunto y de su familia, Stalin orquestó la divinización efectiva del líder y su embalsamamiento, como si de un santo ortodoxo se tratara, en el mausoleo construido en la Plaza Roja. Stalin se apropió de la ortodoxia sagrada de su héroe difunto para construir su propio poder.

En 1924, cualquiera que no hubiera estado al tanto de lo que ocurría habría pensado que Trotski se convertiría en el sucesor de Lenin, pero en la oligarquía bolchevique aquella fama rutilante redundaría en perjuicio del despreocupado comisario de Guerra. El odio entre Stalin y Trotski no sólo se basaba en la personalidad y el estilo de cada uno, sino también en sus respectivas políticas. Desde la Secretaría General Stalin ya había recurrido al patrocinio a gran escala para promover a sus aliados, Molotov, Voroshilov y Sergo; además había ofrecido una alternativa alentadora y realista a la insistencia de Trotski en la revolución europea: «El socialismo en un solo país». A los demás miembros del Politburó, encabezados por Grigori Zinoviev y Kamenev, los socios más próximos de Lenin, también les aterrizzaba Trotski, que había sa-

* La trifulca de Stalin con Krupskaya, la esposa de Lenin, ofendió los sentimientos burgueses de éste. Pero Stalin pensaba que estaba plenamente en consonancia con la cultura del Partido: «¿Por qué tengo que actuar ante ella como un perrito faldero? Acostarse con Lenin no significa que entienda lo que es el marxismo-leninismo. Sólo por usar el mismo cuarto de baño que Lenin...». Este comentario dio lugar a algunos chistes clásicos sobre Stalin, en los que éste advertía a Krupskaya que si no le obedecía, el Comité Central nombraría a cualquier otra mujer esposa de Lenin. Se trata de un concepto profundamente bolchevique. A la falta de respeto por Krupskaya probablemente no contribuyeran las quejas de ésta acerca de los flirteos de Lenin con sus ayudantes, entre otras Yelena Stasova, la mujer a la que Stalin amenazaba con ascender al cargo de «esposa».

bido granjearse la enemistad de todos. De ese modo, cuando se desveló el testamento de Lenin en 1924, Kamenev propuso que Stalin continuara como secretario general, sin darse cuenta de que en treinta años no volvería a presentarse ninguna otra ocasión efectiva de destituirlo. Trotski, el presuntuoso patrono de la Revolución, fue derrotado con una facilidad y una rapidez pasmosas. Tras retirarle a Trotski su base de poder como comisario de Guerra, Zinoviev y Kamenev comprendieron demasiado tarde que la verdadera amenaza era el triunvirato que habían formado con Stalin.

En 1926 Stalin también los derrotó a ellos, con la ayuda de sus aliados derechistas, Nikolai Bujarin y Alexei Rikov, que había sucedido a Lenin en el cargo de primer ministro. Stalin y Bujarin apoyaron la NPE. Pero en las provincias muchos partidarios de la línea dura temían que las soluciones de compromiso acabaran socavando al propio bolchevismo, aplazando el momento de la rendición de cuentas con el campesinado hostil. En 1927, una crisis de la producción de cereal hizo que la situación llegara a su punto culminante: desató la tendencia de los bolcheviques a aplicar soluciones radicales a sus problemas, y dejó al país en una situación de represión y militarismo que duraría hasta la muerte de Stalin.

En enero de 1928 el propio Stalin viajó a Siberia para investigar el descenso sufrido por los suministros de grano. Asumiendo de nuevo el glorioso papel de comisario desempeñado en la guerra civil, ordenó la recolección forzosa del cereal y culpó de su escasez a los llamados *kulaks*, que escondían sus cosechas con la esperanza de que subieran los precios. La palabra *kulak* se utilizaba habitualmente para designar al campesino que daba empleo a un par de jornaleros o poseía una pareja de vacas. «Di un buen meneo a los órganos del Partido», diría más tarde Stalin, pero no tardaría en descubrir que «a los derechistas no les gustaban las medidas de dureza ... pensaron que era el comienzo de la guerra civil en las aldeas». A su regreso, el primer ministro Rikov amenazó a Stalin: «¡Habría que presentar acusaciones de carácter penal contra ti!». No obstante, los jóvenes comisarios, los «hombres del comité» situados en el corazón del Partido, apoyaron la violenta requisita de grano impuesta por Stalin. Cada invierno se dirigían al interior del país para arrancar el cereal a los kulaks, que fueron identificados como los principales enemigos de la Revolución. No obstante, se dieron cuenta de que la NPE había fracasado. Tendrían que buscar una solución militar radical a la crisis del suministro de alimentos.

Stalin era un radical por naturaleza y no tuvo el menor empacho en arrebatar sus banderas a los izquierdistas, a los que acababa de derrotar, para enarbolarlas él. Junto con sus aliados se puso a hablar de una nueva revolución, el «gran cambio» a la izquierda, con el que pretendía resolver el problema de los campesinos y el atraso económico. Aquellos bolcheviques odiaban el obstinado viejo mundo de los campesinos: había que acorralarlos en granjas colectivas, el grano debía ser requisado a la fuerza y vendido en el extranjero para aunar

precipitadamente fondos con los que financiar la creación de la noche a la mañana de un complejo industrial que permitiera fabricar tanques y aviones. Se puso fin al comercio privado de artículos alimenticios. Los kulaks recibieron la orden de entregar su grano y fueron amenazados con ser acusados de especuladores si no lo hacían. Poco a poco los propios aldeanos se vieron obligados a integrarse en cooperativas. Todo el que se resistía era un kulak enemigo.

Análogamente, en el terreno de la industria los bolcheviques dieron rienda suelta a su odio hacia los técnicos cualificados o «especialistas burgueses», en realidad simples ingenieros de clase media. Al tiempo que adiestraban a su propia nueva élite de expertos rojos, intimidaron a todos los que decían que los planes industriales de Stalin eran imposibles con una de serie de procesos ficticios que comenzaron en la mina de carbón de Shajti. No había nada imposible. La pesadilla rural que se desencadenó fue como una guerra sin batallas, pero en la que se produjeron muertes a escala monumental.¹¹ Sin embargo, los señores de la guerra que protagonizaron esa lucha, los jefes de Stalin y sus esposas, seguían viviendo en el Kremlin como si fueran una familia sorprendentemente bien avenida.